

CARL SCHMITT

# DIALOGOS

DIALOGO DE LOS NUEVOS ESPACIOS.  
DIALOGO SOBRE EL PODER Y EL ACCESO  
AL PODEROSO



COLEGIO UNIVERSITARIO  
DE CORDOBA - BIBLIOTECA

Precio: 70 ptas.

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS

MADRID, 1962

DIALOGOS SOBRE EL PODER  
Y EL ACCESO AL PODEROSO

PROTAGONISTAS DEL DIALOGO:

E.—(Estudiante que pregunta.)

C. S.—(Contesta.)

El Intermezzo (pág. 77) puede ser leído por una tercera persona.

E.—Antes de que hable usted del poder, tengo que preguntarle una cosa.

C. S.—Dígame, por favor, señor E.

E.—¿Usted mismo tiene poder o no lo tiene?

C. S.—Esta pregunta está muy justificada. Quien habla del poder debería decir previamente en qué situación de poder se encuentra él mismo.

E.—Pues bien, ¿tiene usted poder o no lo tiene?

C. S.—Yo no tengo poder. Soy de los que carecen de poder.

E.—Esto es sospechoso.

C. S.—¿Por qué?

E.—Porque entonces, probablemente, estará usted predispuesto *contra* el poder. Disgusto, amargura y resentimiento son peligrosas fuentes de errores.

C. S.—¿Y si yo perteneciera a los que tienen poder?

E.—Entonces, probablemente, estaría usted predispuesto *a favor* del poder. También el interés por el propio poder y por su mantenimiento es, naturalmente, una fuente de errores.

C. S.—¿Quién, entonces, tiene derecho a hablar sobre el poder?

E.—Esto debería decírmelo usted.

C. S.—Yo diría que quizá existe aún otra posición: la de la observación y descripción desinteresadas.

E.—¿Esto sería entonces el papel del tercer hombre o de la inteligencia flotando libremente?

C. S.—¡Y dale con la inteligencia! No empecemos de buenas a primeras con tales presunciones. Intentemos primeramente enfocar con precisión un fenómeno histórico, que todos estamos viviendo y padeciendo. Ya veremos el resultado.

1.

E.—Así, pues, hablamos del poder que ejercen los hombres sobre los otros hombres. ¿De dónde procede realmente el inmenso poder que, pongamos por caso, Stalin o Roosevelt, o quien usted quiera, han ejercido sobre millones de hombres?

C. S.—En tiempos pasados se hubiese respondido a esto: el poder procede de la naturaleza o de Dios.

E.—Me temo que hoy día el poder ya no nos parece natural.

C. S.—Eso me lo temo yo también. Frente a la *naturaleza* nos sentimos hoy muy superiores. Ya no la tememos. Cuando nos resulta molesta, como enfermedad o como catástrofe natural, tenemos la esperanza de vencerla pronto. El hombre —por naturaleza un ser viviente débil— se ha elevado poderosamente sobre cuanto le rodea con ayuda de la técnica. Se ha hecho el señor de la naturaleza y de todos los seres vivientes de este mundo. La barrera que sensiblemente le oponía, en otros tiempos, la naturaleza —con fríos y calores, con hambres y carestías, con animales salvajes y peligros de toda índole— empieza a ceder visiblemente.

E.—Es cierto. Ya no hay que temer a ningún animal salvaje.

C. S.—Las hazañas de Hércules nos parecen hoy bastante modestas; y si hoy un león o un lobo aparece en una gran ciudad moderna, constituiría, todo lo más, un entorpecimiento de la circulación, y apenas se asustarían los niños. Frente a la natura-

leza, el hombre se siente hoy día tan superior, que se permite el lujo de instalar parques protegidos.

E.—¿Y qué sucede con Dios?

C. S.—Por lo que se refiere a *Dios*, el hombre moderno —aludo al típico habitante de gran ciudad— tiene también el sentimiento de que Dios retrocede o que se ha retirado de nosotros. Cuando surge hoy el nombre de Dios, el hombre de cultura normal de nuestros días cita automáticamente la frase de Nietzsche: Dios está muerto. Otros, aún mejor informados, citan una frase del socialista francés Proudhon, que precede en cuarenta años a la frase de Nietzsche y que afirma: Quien dice Dios quiere engañar.

E.—Si el poder no procede ni de la naturaleza ni de Dios, ¿de dónde proviene entonces?

C. S.—Entonces sólo nos queda una posibilidad: el poder que un hombre ejerce sobre otros hombres procede del hombre mismo.

E.—Así ya me parece mejor. Hombres lo somos todos. También Stalin fue un hombre; también Roosevelt o quienquiera se nos ocurra citar aquí.

C. S.—Esto parece realmente tranquili-

zador. Si el poder que un hombre ejerce sobre otros procede de la naturaleza, entonces es, o bien el poder del progenitor sobre su prole, o la supremacía de los colmillos, cuernos, garras, pezuñas, vejigas ponzoñosas y otras armas naturales. Podemos prescindir aquí del poder del progenitor sobre su prole. Nos queda, pues, el poder del lobo sobre el cordero. Un hombre que tiene poder sería un lobo frente al hombre que no tiene poder. Quien no tiene poder se siente como cordero hasta que, por su parte, alcanza la situación de poderoso y desempeña el papel del lobo. Esto lo confirma el adagio latino *Homo homini lupus*. En castellano: el hombre es un lobo para el hombre.

E.—¿Qué asco! ¿Y si el poder procede de Dios?

C. S.—Entonces, el que lo ejerce, es portador de una cualidad divina; con su poder adquiere algo divino y se debería venerar, si no a él mismo, sí al poder de Dios que lo es inherente. Esto lo confirma el adagio latino *Homo homini Deus*. En castellano: el hombre es un Dios para el hombre.

E.—¿Esto es demasiado!

C. S.—Mas si el poder no procede ni de la naturaleza ni de Dios, todo lo que se re-

fiere al poder y a su ejercicio acontece exclusivamente entre hombres. Entonces estamos los hombres entre nosotros mismos. Los poderosos están frente a los sin poder, los potentes frente a los impotentes, sencillamente, hombres frente a hombres.

E.—Eso es. El hombre es un hombre para el hombre.

C. S.—Lo confirma el adagio latino *Homo homini homo*.

2.

E.—Está claro. El hombre es un hombre para el hombre. Sólo porque hay hombres que obedecen a otros hombres les proporcionan a éstos el poder. Cuando dejen de obedecerles, el poder se acabará.

C. S.—Muy exacto. Pero ¿por qué obedecen? La obediencia no será arbitraria, sino que estará motivada por algo. ¿Por qué, pues, dan los hombres su consenso al poder? En algunos casos lo hacen por confianza, en otros por miedo, a veces por esperanza, a veces por desesperación. Pero lo que necesitan siempre es protección, y esta protección la buscan en el poder. Desde el punto de vista del hombre, la única

— explicación del poder es la relación entre protección y obediencia. Quien no tiene el poder de proteger a alguien no tiene tampoco derecho a exigirle obediencia. Y a la inversa, quien busca y acepta protección no tiene derecho a negar la obediencia.

E.—Pero ¿y si el poderoso ordena una cosa injusta? ¿No habría que negar entonces la obediencia?

C. S.—Naturalmente. Pero no hablo de órdenes injustas y aisladas, sino de una situación de conjunto en la que el poderoso y los sometidos a él están ligados en una unidad política. Aquí se alude a que el poderoso puede crear continuamente motivos eficaces, y no siempre inmorales, para la obediencia, mediante el otorgamiento de protección y de una existencia segura, mediante educación e intereses solidarios frente a otros. En resumen: el consenso determina el poder, es cierto, pero el poder determina también el consenso, y no siempre se trata, en todos los casos, de un consenso irracional o inmoral.

E.—¿Qué quiere usted decir con esto?

C. S.—Quiero decir que el poder, incluso allí donde es ejercido con plena conformidad de todos los sometidos al poder, tiene también cierto significado propio y, por así

decirlo, una plusvalía. Es más que la suma de todos los consensos que recibe, y aún más que su producto. Fíjese usted lo estrechamente uncido que está el hombre a la estructura social en esta sociedad de división del trabajo. Vimos antes que la barrera de la naturaleza retrocede, pero en compensación avanza y se aproxima la barrera social. Por eso se hace también cada vez más fuerte la motivación para el consenso del poder. Un hombre moderno con poder tiene infinitamente más medios para promover el consenso a su poder que Carlomagno o Barbarroja.

3.

E.—¿Quiere usted decir con esto que el poderoso de hoy en día puede hacer lo que se le antoje?

C. S.—Al contrario. Quiero decir solamente que el poder es una magnitud propia y autónoma, incluso frente al consenso que él mismo ha creado, y ahora quisiera mostrarle que lo es también frente al propio poderoso. El poder es una magnitud objetiva, con leyes propias, frente a cualquier individuo humano que pueda detentarlo.

E.—¿Qué quiere decir aquí magnitud objetiva con leyes propias?

C. S.—Significa algo muy concreto. Dése usted cuenta que también el poderoso más terrible está sujeto a los límites de la naturaleza humana, a la deficiencia de la inteligencia humana y a la flaqueza del alma humana. También el hombre más poderoso tiene que comer y beber como todos nosotros. También él enferma y envejece.

E.—Pero la ciencia moderna nos ofrece medios sorprendentes para superar las barreras de la naturaleza humana.

C. S.—Por supuesto. El poderoso puede hacerse asistir por los médicos más famosos y por los galardonados con el Premio Nobel. Puede ponerse más inyecciones que ningún otro. A pesar de todo, después de algunas horas de trabajo o de vicio acaba por cansarse, y se duerme. Así incluso el terrible Caracala y el omnipotente Genghis Khan dormirían como niños pequeños y, tal vez, además roncarían.

E.—Esto es un panorama que todo poderoso debería tener siempre presente.

C. S.—Muy cierto, y filósofos y moralistas, pedagogos y retóricos se deleitaron en imaginárselo así. Pero no nos detengamos en este tema. Sólo quisiera añadir que el

todavía hoy más moderno filósofo del poder puramente humano, el inglés Tomás Hobbes parte de esta debilidad general de todo individuo humano para su construcción del Estado. Hobbes hace la construcción siguiente: de la debilidad resulta una situación de peligro, del peligro el miedo, del miedo el ansia de seguridad, y de todo esto la necesidad de un aparato de protección con una organización más o menos complicada. Pero a pesar de todas las medidas de protección, dice Hobbes, cada uno puede matar a cualquiera en el momento apropiado. Un hombre débil puede, en una situación determinada, liquidar al hombre más fuerte y poderoso. En este sentido, todos los hombres son realmente iguales, es decir, todos están amenazados y expuestos al peligro.

E.—Flaco consuelo.

C. S.—Realmente no quería ni consolar ni asustar, sino solamente dar una imagen objetiva del poder humano. El peligro físico es aquí lo menos problemático y ni siquiera el problema más frecuente. Otra consecuencia de los límites estrechos de cada individuo humano podrá mostrar aún mejor lo que aquí nos interesa, es decir, la normatividad propia y objetiva del poder,

incluso frente al poderoso mismo, y la insoslayable dialéctica inmanente de poder y sin poder en la que se ve apresado todo el que tiene poder.

E.—De nada me sirve aquí la dialéctica.

C. S.—Veamos. El individuo humano en cuya mano están por un momento las grandes decisiones políticas tiene que formar su voluntad bajo los supuestos de hecho y con los medios dados. Aun el príncipe más absoluto no puede prescindir de noticias e informaciones, y depende de sus consejeros. Multitud de hechos e informes, propuestas y suposiciones le invade cada día y a cada hora. De este infinito mar fluctuante de verdad y mentira, realidades y posibilidades, el hombre más inteligente y poderoso no puede sacar más que unas gotas.

E.—En esto se ve bien el esplendor y miseria de los príncipes absolutos.

C. S.—Se ve, sobre todo, la dialéctica inmanente del poder humano. Quien despacha con el poderoso o le informa ya participa del poder; y no importa que sea un ministro que refrenda con toda responsabilidad, o alguien que sepa llegar indirectamente al oído del poderoso. Basta que proporcione impresiones y motivos al indi-

viduo en cuya mano está la decisión por un momento. Así, todo poder directo están inmediatamente sometido a influencias indirectas. Ha habido poderosos que percibieron esta dependencia, lo cual les enfurecía e irritaba. Entonces intentaron escapar a su consejero oficial e informarse por otro conducto.

E.—En vista de la corrupción de las cortes, seguramente llevaban razón.

C. S.—Es cierto. Pero, desgraciadamente, cayeron así en nuevas y, muchas veces, grotescas dependencias. El Califa Harun al Raschid terminó por disfrazarse de ciudadano y recorrió de noche las tabernas de Bagdad para conocer de una vez la pura verdad. No sé qué conoció y bebió en esta dudosa fuente. Federico el Grande, al envejecer, se hizo tan desconfiado que sólo habló abiertamente con su ayuda de cámara Fredersdorf. El ayuda de cámara se convirtió así en un hombre de mucha influencia, si bien continuó siendo igualmente fiel y honrado.

E.—Otros poderosos acaban por confiarse a su chófer o a su amante.

C. S.—Con otras palabras: ante cada ámbito de poder directo se forma una antesala de influencias y fuerzas indirectas,

un acceso al oído, un pasillo hacia el alma del poderoso. No hay poder humano sin esta antesala y sin este pasillo.

E.—Pero se pueden evitar muchos abusos con instituciones razonables y disposiciones constitucionales.

C. S.—Se puede y también se debe. Pero ni la institución más sabia ni la organización más alambicada pueden extirpar totalmente la antesala misma; ningún ataque de ira contra la camarilla o la antecámara puede suprimir la antesala. La antesala misma no se puede evitar.

E.—Más bien me parece una escalera de servicio.

C. S.—Antecámara, escalera de servicio, trastero, sótano o lo que sea; la cosa en sí misma está clara y es igual para la dialéctica del poder humano. Durante el curso de la Historia universal, de todos modos, se reunió en esta antesala del poder una tertulia bastante mixta y variopinta. Allí se reúnen los *indirectos*. Allí encontramos ministros y embajadores en uniforme de gran gala, mas también confesores y médicos de cámara, ayudantes y secretarias, ayudas de cámara y favoritas. Allí está el viejo Fredersdorff, el ayuda de cámara de Federico el Grande, junto a la ilustre emperatriz

Augusta, Rasputín junto al Cardenal Richelieu, una eminencia gris al lado de una Mesalina. A veces encontramos hombres inteligentes y sabios en esta antesala, a veces empresarios magníficos o mayordomos leales, a veces estafadores y arrivistas estúpidos. A veces la antesala es realmente el salón oficial del Estado, donde se reúnen señores serios y con méritos, mientras esperan ser recibidos para presentar sus informes. Pero muchas veces la antesala no es más que un gabinete privado.

E.—O incluso un cuarto de enfermo, donde unos amigos están sentados al lado de la cama de un paralítico y gobiernan el mundo.

C. S.—Cuanto más se concentra el poder en un lugar determinado, en una determinada persona o en un grupo de personas, como en una cúspide, tanto más se agudiza el problema del pasillo y la cuestión del acceso a la cúspide. Y tanto más intensa, encarnizada y sorda se hace entonces también la lucha entre los que tienen ocupada la antesala y controlan el pasillo. Esta lucha en el ambiente nebuloso de las influencias indirectas es tan inevitable como esencial a todo poder humano. En esta lucha se realiza la dialéctica inmanente del poder humano.

E.—¿Pero todo esto no son meramente aberraciones de un régimen personal?

C. S.—No. El fenómeno de la formación del pasillo, del que hablamos aquí, se da diariamente en gérmenes mínimos, infinitesimales, en lo grande y en lo pequeño, en todas partes donde hay hombres que ejercen poder sobre otros hombres. En la misma medida en que se concentra un ámbito del poder, se organiza también inmediatamente, una antesala de este poder. Cada aumento del poder directo espesa y densifica la atmósfera de las influencias indirectas.

E.—Esto incluso puede ser bueno cuando el poderoso no es de ley. Pero aún no veo claro si es mejor el poder directo o *lo indirecto*.

C. S.—Yo considero ahora lo indirecto solamente como una fase del inevitable desarrollo dialéctico del poder humano. El que tiene poder está tanto más aislado cuanto más se concentra el poder directo en su persona. El pasillo le separa del suelo y le eleva a una especie de estratósfera en donde sólo se puede comunicar con los que le dominan indirectamente, al mismo tiempo que ya no llega a todos los demás hombres que están bajo su poder, y ellos tam-

poco pueden llegar a él. Esto se hace grotescamente palpable en casos extremos. Pero no es más que la última consecuencia del aislamiento del poderoso en el inevitable aparato del poder. La misma lógica inmanente se opera en innumerables situaciones rudimentarias de la vida diaria, en el transbordo continuo de poder directo e influencia indirecta. Ningún poder humano puede escapar a esta dialéctica de autosostenimiento y autoenajenamiento.

INTERMEZZO:  
BISMARCK Y EL MARQUÉS DE POSA.

La lucha por el pasillo, por el acceso a la cúspide del poder, es una pugna por el poder sumamente intensa, por la cual se realiza la dialéctica inmanente de poder y sin poder humanos. Debemos tener presente este hecho en su cruda realidad, sin retórica ni sentimentalismo, pero también sin cinismo o nihilismo. Por esto quisiera ilustrar el problema con dos ejemplos.

El primer ejemplo es un documento histórico-constitucional. Se trata de la dimisión de Bismarck en marzo de 1890. Se incluye y se comenta detalladamente en el tercer tomo de *Pensamientos y recuerdos* de Bismarck. El texto es totalmente, en su estructura, en la expresión del pensamiento y en su tono, en lo que expresa y en lo que silencia, la obra bien pensada de un gran maestro del arte político. Fue el último acto oficial de Bismarck, y lo redactó y perfiló conscientemente como un documento para la posteridad. El viejo y experto Canciller, el creador del Reich, se explica con el inexperto y joven rey, el Káiser Guillermo II. Había entre ellos muchos con-